

su santo nombre. Jamas deja sus obras imperfectas; y ha comenzado la de tu conversion y la tiene, (*) no lo dudes amigo, la tiene de concluir. Interin llega este momento para mí tan deseado, como importante para tí, quiero para cerrar por hoy nuestra conversacion, pedirte una gracia que no podrás negarme, pues precias de filósofo ingenuo y despreocupado.

Sever. Concedida desde luego: bien puedes decir cual es.

Clem. Que no te empeñes en cerrar los ojos á la luz: es decir, que no te opongas á la verdad, cuando esta se te presente. Ecsamina á tus solas mis raciocinios; y si te parecen juiciosos, no resistas: abra tu entendimiento la puerta, y hecho esto, ya continuaremos mañana nuestra conversacion.

Sever. Te daré gusto, pues es justísima tu propuesta.

(*) Aquí arrebató la muerte al autor: continúa hasta su conclusion el editor.

ULTIMA CONVERSACION.



Sever. ¡Qué noche tan melesta he pasado, y cuan prolongadas me han parecido sus horas! En cumplimiento de mi palabra, meditaba con imparcialidad las reflexiones que me has hecho, ecsaminaba en silencio las verdades que contenian, y, sucediéndose unas á otras las ideas, enteramente me quitaron la tranquilidad y el reposo.

Clem. Y bien, amigo: ¿qué concepto has formado de ellas? Yo te creo hombre de bien, y por lo mismo espero que no desmentirá el lábio el dictámen de tu razon.

Sever. Puedo asegurarte, que si tus discursos hasta aquí no me han parecido irresistibles; los he hallado tan fundados y probables, que han hecho estremecer los cimientos vigorosos de mi filosofia. ¿Quién sabe (me decia yo á mis solas) quién sabe si Clemente dirá bien, y yo estaré descaminado? Pasando despues adelante, sosegado el tumulto de mis pasiones repetia: si Dios ecsiste,

y, como mi amigo lo asegura, me ha colmado de favores y beneficios, sin duda soy yo un inicuo contra ese Dios, soy un perverso y un monstruo de ingratitude. Y ve aquí, que esta multitud de pensamientos, que en el silencio de la noche iban como desarrollándose, desterraron de mis ojos el sueño, y no han producido otro efecto que atormentarme.

Clem. Has dado ya el primer paso, Severo: y yo diviso muy cercana tu conversion. No resistas, vuelvo á suplicarte; pues esas dudas que sientes son aldabadas, que una invisible pero misericordiosa mano repite sobre tu corazon. ¿Pues qué, Dios no ha de reclamar lo que es por tantos títulos suyo? Te habrá esperado tanto tiempo, y combinado las circunstancias de tu vida con otra mira que llamarte, y hacer que reconozcas á quien antes llamabas tu dulce padre? ¿Has acaso olvidado enteramente aquellas tiernas parábolas de que tu mismo me hacias tantas veces conversacion, ya de la oveja que habiéndose apartado del rebaño, y entregándose á pastos venenosos, al fin la encontró su pastor, y cargándola sobre sus hombros, volvió con ella penetra-

do de gozo: ya de aquel hijo ingrato, que despues de haber dejado á su padre, y mal gastado su caudal, volvió, obligado de la miseria, á su casa, y en vez de reprehension y castigo, halló solamente un padre, que lo esperaba en sus brazos? Pues tú eres tal vez (y pienso no engañarme, Severo) esa perdida oveja, que Dios encuentra, y ese hijo miserable que recibe en su seno. Tu eres.... Pero ¿por qué guardas tanto silencio, y cubres con el pañuelo tu rostro? ¿Por qué....

Sever. ¡Ay amado Clemente! no digas mas, y disculpa estas muestras de....

Clem. No sofoques tus sentimientos. ¿Qué puede encerrar tu pecho, que no debas descubrir á un verdadero amigo tan interesado en tu bien?

Sever. Iba á decir, que no culpes mi debilidad, y estos afectos que no me son deliberados. Yo estaba resuelto, segun las máxima de mi escuela, á mantenerme inflexible contra tus racionios pero cuando mas confiaba en mi espíritu fuerte, me han hecho traicion las lágrimas de mis ojos.

Clem. Y cuando sin poder refrenarlo, así se esplica tu corazon, ¿quieres mayor prue-

ba, Severo, de que él reconoce al Dios que lo crió, y quiere volar ácia él con inclinacion mas irresistible, que aquella con que la pesada piedra baja á su centro? Déjalo pues, no lo detengas: déjalo ir á su criador. ¿Qué te detiene: qué temes? El filósofo ingenuo debe sentir haberse apartado de la verdad; pero jamas debe avergonzarse de abrazarla cuando la descubre. Yo advierto en tu semblante....

Sever. Basta repito, amigo: y mi llanto está ya publicando tu victoria. Yo por algun tiempo he podido oponerme á pie firme á tus combates, y quedar mas inmoble que lo está la roca contra las olas mas furiosas; pero cuando menos lo esperaba, me atacas de una manera irresistible; me recuerdas pasages de mi cristiana juventud; y me presentas memorias muy vivas, que con la mayor evidencia me obligan á confesar, que no solamente ecsiste un Dios, sino un Dios infinitamente misericordioso, que como pastor me busca, y me solicita, y como padre me llama, me perdona y me recibe. No hay duda: desde este instante vuelvo á ser todo suyo. Si me sufrió cuando le negaba, ¿qué temo cuando lo confieso?

¡O momento principio de mi felicidad!
¡O momento escrito con mis lágrimas:
tú vas á formar la época mas célebre
de mi vida!

Clem. Dame aca esos brazos, Severo: descansa sobre este pecho, donde si lo abres lerás su satisfaccion y alborozo; mas advierte, que no es mia la victoria. No, no digas que te he vencido; he sido únicamente el débil instrumento de que usó Dios; y así el triunfo es de su brazo y de su gracia.

Sever. Triunfó: y me prometo que para siempre. En prueba de ello toma, para no verlos mas, esos libros inicuos, inseparables cempañeros mios, causa de mi apostasia y de mi ceguedad. ¡Ah, cuan prudente era mi amable padre, (ojalá todos observáran igual conducta con sus hijos) en no permitirme, que leyese obra alguna, que de antemano no fuese por él cuidadosamente ecsaminada! Pero en aquellos dias de tu ausencia (bien presentes están en mi memoria) dos amigos; hago mal en darles este nombre, dos jóvenes debo decir perversos y demasiado libertinos, con pretesto de mi ilustracion, pusieron en mis manos esas dos obritas de su maldita filosofia, adornadas

con dibujos é imágenes obscenas, que me fueron llevando como por grados, primero al placer de los sentidos hasta la total corrupcion de la voluntad; y despues por las sospechas y las dudas hasta los mas groseros errores del entendimiento.

Clem. Ahora, Severo mio, conocerás la verdad de aquellos racionios, con que intenté manifestarte, que los ateos lo son mas bien de voluntad que de entendimiento. Desean desáhogar sus pasiones: y mirando que hay un Dios que lo prohíbe, se empeñan y procuran quitar este Dios, que tanto les estorba, y les acíbara sus deleites. De suerte, que aquel *no hay Dios*, equivale en un verdadero analisis á un *no querría que tal Dios hubiese*.

Sever. Muy presentes tengo esas y cuantas reflexiones me hiciste, y con las que al fin has conseguido (permítame hablar como quien ya soy por la divina misericordia; y no como quien antes era por mi desgracia) has logrado dingo, convencerme y sacárme de mi ceguedad. Agradecido pienso darte el mejor testimonio de mi persuacion. Voy á trasladar al papel tus discursos, y los haré volar por el mundo, á fin de

que produzcan en otros infelices el fruto que produgeron en mí.

Clem. El Señor suele valerse de medios muy despreciables en lo humano, para llevar al cabo sus soberanos designios, brillando en esto mismo su poder y sabiduría. A nuestra vez trabajémos y cooperémos todos, los unos plantando, y los otros regando; que llegando el tiempo oportuno, Dios dará el incremento.

Sever. Conforme con estas ideas insisto en mi proyecto, y desde luego he de ponerlo por obra. No tendré embarazo en describir los descarríos de mi vida, para que con mi caída eviten otros jóvenes la suya. Estenderé con cuanto órden y claridad pueda tus conversaciones y sábios discursos. Sin temor ni vérguenza remitiré estos escritos á mis desgraciados compañeros, desafiando aun á los corifeos del ateísmo, pues conozco que ellos no se rinden á la razon; porque no quieren que la luz hiera sus ojos. Esto será un tributo debido; á Dios, deseándo con él presentarle alguna recompensa por tantos favores y beneficios que me ha hecho. Sí, amado Clemente: voy á ser un pregonero de la misericordia de un Dios, cuya ec-

sistencia negué infiel y temerario: y si en otro tiempo todos han visto en mí un cristiano apostata; desde hoy verán (gloria y honor eterno al rey de los siglos) *un ateo verdaderamente arrepentido.*

LAUS DEO.



